

Pentecostés: Un motivo para regocijarse en un mundo quebrantado

Dt. 16:9-12, Jn. 4, Heb. 10:5-16

David C. Dixon

Introducción: ¿Qué tiene de especial Pentecostés? Parece que muchas tradiciones cristianas no le dan gran importancia. ¡No es que el Espíritu Santo tenga que venir de nuevo a tomar posesión de la iglesia! No, ¡pero sí necesitamos el recordatorio de que la iglesia *no es nuestra!* Le pertenece a Él, y aparte de Él no hay poder espiritual; por nuestra cuenta no podemos hacer nada que realmente valga la pena, nada que tenga un valor duradero. Así que en Pentecostés hacemos una pausa para recordar que *la revelación fue triple...* no porque adoremos a tres dioses, ¡sino porque nuestro Dios es tres en uno solo! En el Éxodo, Dios Padre se dio a conocer a los israelitas como pueblo; en la Encarnación se reveló Dios Hijo; y en Pentecostés se revelaron plenamente la Persona y la obra del Espíritu Santo. Así que **Dios desafía nuestra lógica**, no encaja en nuestras categorías lógicas cuidadosamente delimitadas: Se le confiesa como Padre e Hijo al mismo tiempo (1 Jn. 2:23), compartiendo un mismo Aliento, el Vínculo entre ellos (1 Co. 12:3). Nuestro Dios habla, no está en silencio, y su Palabra y su Aliento son tan completamente divinos como el mismo Orador.

Nuestra lectura de las Escrituras de hoy se refiere a este día como la «Fiesta de las semanas», ¿así que por qué se llama Pentecostés? La expresión «Fiesta de las semanas» se debe a la instrucción en Lv. 23 de contar siete semanas desde la mañana después del *sabbat* de Pascua, es decir, cincuenta días en total desde la Pascua (la palabra griega *pentekostés* significa 50). Esto fue diseñado específicamente por el Señor para que Pentecostés cayera en domingo, el primer día de la semana, cuando Jesús revelaría su triunfo sobre la muerte. Así que, desde el trasfondo del Antiguo Testamento, descubrimos las razones por las que Dios ordenó a los israelitas celebrar esta fiesta, específicamente para traer las primicias de su cosecha y regocijarse en ellas. Por lo tanto, era una especie de celebración temprana de Acción de Gracias, anticipando que el Dios dador de esas primicias también proveería el resto de la cosecha en el momento adecuado.

1) Este era el mandamiento principal para ese día: traer una ofrenda voluntaria *en proporción a las bendiciones* que el Señor había dado (esto es lo que el Señor aún espera de nosotros mientras apoyamos su obra). El segundo mandamiento era “regocijarse ante el Señor”, lo cual, en términos prácticos, consistía en disfrutar de una comida juntos con la familia extendida. Esta comunión incluiría a padres, hijos e hijas, siervos y siervas, el levita del vecindario, extranjeros, huérfanos y viudas, ¡qué grupo tan variado! Comerían abundantemente y disfrutarían de carne recién cocinada... algo que no sucedía todos los días, ¡así que era una verdadera celebración! Esta era la mejor comunión para los israelitas, pero también era una parábola de la comunión más profunda que se nos enseña a disfrutar en el Señor, *alimentando nuestras almas* con su bondad, su verdad y su gracia. Así que esta adoración, tanto individual como colectiva,

realmente es el cumplimiento verdadero de esa fiesta del AT, porque el Espíritu Santo es Él mismo las “primicias” de nuestra herencia en Cristo: la promesa de que algún día (cuando nuestros gemidos hayan terminado y nuestra adopción sea completa, Ro. 8:23), conoceremos la presencia plena de nuestro Salvador y su gloria. Mientras tanto, Pablo explica cómo nuestros gemidos son parte de los gemidos de la creación, ¡pero no estamos solos! ¡El Espíritu Santo también gime con nosotros y por nosotros! ¡Él es nuestra gran razón para regocijarnos ahora; para regocijarnos en las primicias!

Pero detengámonos un momento y pensemos en esto: ¿cómo eran realmente estas personas? ¿Eran meros robots que seguían rutinas legalistas? ¿Eran solo israelitas piadosos siempre contentos de obedecer la ley de Dios y llevar sus ofrendas a Jerusalén? Seamos realistas. ¿Alguno de ellos alguna vez se enfadó con alguien? Por ejemplo, en el camino a Jerusalén quizás pasó algo que molestó mucho a alguien. ¿Cómo festejas y te regocijas cuando estás realmente enfadado con alguien? O podríamos imaginar a alguien que simplemente tenía un mal día, muchas cosas que salen mal, relaciones tensas, un espíritu atribulado, planes que no cuadran, todo resulta más difícil de lo esperado. ¡Te das cuenta de que estas personas eran como tú y como yo! Tenían que viajar kilómetros a pie para llegar a Jerusalén, tenían que cumplir todo tipo de leyes rituales de limpieza, tenían que llevar provisiones y sacrificios, etc. Estas peregrinaciones requerían mucho trabajo y la gente podía tener conflictos, los ánimos podían estallar, los padres con los hijos, los hijos entre ellos, las parejas casadas, ¡además de que todos tenían sus propios problemas! Eran personas reales que luchaban y gemían tanto física como emocionalmente. ¿Y este mandamiento de simplemente regocijarse? ¿Y si no tengo ganas? ¿Y si estoy adolorido, triste o angustiado? ¿No es así como venimos a veces a la iglesia? ¿Cómo vienes a la iglesia? ¿Siempre feliz y risueño? Recuerdo experiencias de la infancia fuera de serie en cuanto a discusiones, quejas y riñas... ¡Sus dificultades no eran tan diferentes a las nuestras, ni las nuestras de las tuyas! Todos tenemos problemas; venimos a su presencia con todo nuestro bagaje, y necesitamos confesarlo, ¡ser transparentes! Toda la vida está diseñada para empujarnos hacia la presencia de Dios y hacia sus brazos. ¡Lo necesitamos tanto! ¡Su gracia y verdad! ¡Disfrutar en familia de una gran comida que los hombres tenían que cocinar era un gran consuelo!

El tercer mandamiento era recordar de dónde los había sacado Dios: del cautiverio, de la esclavitud en Egipto. De hecho, de ahí nos ha rescatado Dios también a nosotros (de la esclavitud a nuestro pecado, de nuestra falsa adoración). Esta mañana también tomaremos tiempo para *recordar* en nuestra (simbólica) comida comunal. Celebrar la fiesta como Dios había estipulado tenía la intención de motivar a los israelitas a la obediencia para que tuvieran cuidado de guardar los estatutos de Dios, y así proporcionar un verdadero testimonio a las naciones sobre quién es y cómo es Él.

2) Todo esto debía hacerse en el lugar que el Señor eligiera como habitáculo, o residencia, de su nombre, (de la raíz hebrea שָׁכַן = *shakan*, Dt. 16:11, la misma que en la palabra tabernáculo). El tabernáculo en el desierto sería el primer lugar en el que el nombre de Dios “habitaría” entre la sociedad humana. Los israelitas no debían hacer sus sacrificios en cualquier lugar, sino solo en el lugar que Dios estableciera, porque su nombre es santo y necesitaban aprender la profunda verdad de su persona perfecta, convirtiéndose en estudiantes de su palabra y sus caminos. Así pues, recuerda que el rey David anhelaba establecer ese lugar de residencia más permanente para el Nombre de Dios, que sería el templo de Jerusalén construido por su hijo Salomón. Sin embargo, siglos más tarde, Jesús le enseñaría a la mujer samaritana en el pozo (Jn. 4) que este arreglo no era permanente: sería reemplazado por “el Espíritu y la verdad” como los principios rectores de la adoración, que ya no tienen que ver con la geografía, sino con la fe en Jesús como Mesías y Salvador. Esto significa que, empezando en Pentecostés, los creyentes que confiesan a Jesús como Señor se convierten en el lugar que Él elige como el “lugar de residencia para su nombre”.

¿Recuerdas el Salmo 90? Es donde Moisés dijo que el Señor mismo era nuestro refugio; pero desde Pentecostés el Santo de los Santos ahora encuentra su morada más apropiada y deseada en los corazones humildes de los seguidores de Jesús, perdonados y hechos santos por Su sacrificio personal en representación nuestra. El verdadero deleite de Dios nunca estuvo en sacrificios, holocaustos u ofrendas por el pecado (Heb. 10:8, citando el Salmo 40). **“Todo sacerdote celebra el culto día tras día ofreciendo repetidas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados. Pero este sacerdote, después de ofrecer por los pecados un solo sacrificio para siempre, se sentó a la derecha de Dios”** (Heb. 10:11-12). ¿Por qué fue eficaz el sacrificio de este Sacerdote? Porque estaba *actuando* el perdón de Dios personalmente, ¡haciéndolo eficaz *in situ*! En su propia carne, ¡incluso mientras se cometía contra Él el peor de todos los crímenes! Así que el deleite de Dios estaba en Aquel que vino a hacer su voluntad: amar a Dios sobre todas las cosas y amar al prójimo como a sí mismo al máximo grado. La voluntad de Jesús, siempre inclinada hacia la de su Padre, es lo que en realidad *nos hace santos*: por esa única ofrenda, sometiéndose a sufrir nuestra ira y rebelión, ¡durante las cuales nunca dejó de perdonar! En otras palabras, al no contar nuestros pecados contra nosotros, hizo perfectos para siempre a los que estaban siendo santificados (v. 14). Cristo, nuestro Santo, nos estaba haciendo templos para su Espíritu Santo: ¡la morada de Dios! Esta santificación la logró simplemente perdonando, borrando los pecados, echándolos tan lejos como el oriente está del occidente, y luego haciendo lo que dice en los vv. 15-16: el Espíritu Santo da testimonio del nuevo pacto por el cual pondrá sus leyes en nuestro corazón y las escribirá en nuestra mente (como dijo el profeta Jeremías, Jer. 31:33).

No se trataba de tener una lista de leyes y reglas escritas en las paredes de tu cerebro que luego tuvieras que consultar en cada ocasión imaginable. ¡Se trataba de asimilar del Espíritu el tipo de relación que honra a Dios y expresa respeto y amor por los demás! El rechazo a la autoridad de Dios es lo que nos hace querer manipular a los demás para nuestros propios fines, o simplemente ignorarlos por completo. El egoísmo y la falsa adoración son los que llevan a todo tipo de comportamientos abusivos. Pero donde Jesús reina, el pecado ya no domina nuestro ser interior. Y cuando ya no estamos gobernados por la letra de la ley que mata, sino por el Espíritu que da vida, la gracia y la verdad de Dios pueden guiarnos a interactuar de manera sana, de forma que estemos motivados a amar a los que nos rodean, a entender su dolor y dificultades, a identificarnos con ellos y sus necesidades.

3) Volvamos un momento a esa idea de “comuni3n más profunda” mientras nos preparamos para disfrutar de esta comida juntos. ¿C3mo le das un banquete a tu alma en el Se3or? Quiero que el ruido de fondo en mi coraz3n se calme, todas las ambiciones personales, ansiedades, animosidades, ambivalencias, enojos. As3 que este es el momento de detenerme y confesar mis fracasos, mis miedos, mi sentido de insuficiencia, mi tendencia a buscar el m3ximo bienestar en mis antiguas maneras. ¡Solo quiero escuchar el aliento de Dios en mi o3do, su Palabra inundando mi mente! Al acercarnos a esta mesa, quiero recordar que esta es una par3bola de la comuni3n m3s profunda que estamos invitados a disfrutar en el Se3or, con nuestras mentes puestas en las cosas del Esp3ritu, quien quiere transformar todas nuestras emociones negativas en senderos por los que ande Jes3s. El pan y la copa son s3mbolos, ¡no la cosa real!

Al participar de este **pan**, que sea para nosotros un s3mbolo de un compromiso renovado de alimentar nuestras almas diariamente con su verdad, de pasar tiempo meditando en su Palabra, contemplando su cruz, echando nuestras cargas a sus pies, saboreando su presencia resucitada con nosotros. Esto es lo que significa ser cristiano: ¡seguir a Jes3s! Al participar de esta **copa**, que sea para nosotros un s3mbolo de compromiso renovado de ser transformados a su semejanza, para que podamos representarlo a los que nos rodean, ayudar a llevar sus cargas, llamarlos al mismo arrepentimiento y entrega que nos ha dado vida en Jes3s. ¡Esto es lo que significa vivir en el Reino de Dios, bajo el gobierno de Jes3s, aqu3 y ahora! ¡Regocij3monos con las primicias –el Esp3ritu Santo– que hace que todo esto se haga realidad en nosotros!